

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Jorge Rivadeneyra

Los hombres hacen la historia pero la hacen inconscientemente. Los resultados de su acción aparecen como fuerzas naturales, ajenas al hombre. Este desconocimiento de su obra, conocido con el nombre de alienación, deviene en el sometimiento del autor frente a su creación. Marx acude al ejemplo del *becerro de oro*, esculpido por los judíos del éxodo y adorado como si fuese un dios, mientras Moisés, durante cuarenta días, grababa en la piedra los diez mandamientos de la ley del Dios verdadero. Por ello, porque se diviniza a los ídolos, este comportamiento recibe el nombre de *fetichismo*. Sin embargo, como la acción humana también ha dado como resultado un comportamiento determinado por una especie de fuerza natural, como por ejemplo, el mercado, a ese resultado Marx le da el nombre de *leyes de la historia*. Leyes, no en el sentido de fenómenos naturales o determinaciones pre-existentes al hombre mismo, como ocurre con la ley de la gravitación universal. No. Estas leyes histórico-naturales han cambiado, pero mientras están vigentes determinan la actividad humana. *“Las leyes naturales de producción actúan y se imponen con férrea necesidad”*. Se trata, pues, de una determinación necesaria, es decir ineludible. De ello resulta que el hombre está predeterminado por una causalidad independiente de su voluntad, y *“esto ocurre aun cuando se haya encontrado la ley natural con arreglo a la cual se mueve, porque no es posible eliminar por decreto las fases naturales de desarrollo”*. Es decir que el ser humano actúa condicionado por determinaciones que desconoce, o que incluso conociéndolas le es imposible eludirlas, o modificarlas.

Sin embargo, si se le atribuye al hombre la capacidad de elaborar sus propias normas de existencia, quiere decir que ha actuado y actúa como si fuese Dios, no sólo en el sentido de crear el mundo y con ese acto hacerse a sí mismo, sino en que ese actuar constituye un desafío a lo dado, o a lo que se conoce también con el nombre más modesto de medioambiente, al que pareciera que el hombre nunca se adaptó. En ese proceso, sin que nadie se lo proponga expresamente, se van constituyendo las leyes histórico-naturales correspondientes a las distintas etapas históricas. Por esto, porque el hombre es lo que va siendo, Marx no acepta el concepto de naturaleza humana, que en este caso equivaldría a la inmovilidad perpetua, a la permanencia *ab eternum*, por ejemplo, en un sólo modo de producción.

Pero esta *ontología histórica* del mundo no sólo ha tenido lugar mediante la confrontación con la naturaleza, sino, *hobbsianamente*, de acuerdo al principio de la lucha de todos contra todos, donde el hombre es lobo del hombre. A esta confrontación categorial, Marx le denominó *lucha de clases*, y de ahí dedujo que la historia de la humanidad es la historia de la *lucha de clases*, por lo cual la violencia es la partera de la historia.

A pesar de esta proteica interpretación de la historia, de la cual el ser humano es su demiurgo, uno se pregunta si el hombre, en el proceso de invención de este mundo, ha actuado sólo pensando en la oposición a otros hombres, o quizá, también, teniendo en cuenta que se es como el otro, tal como lo afirma Hegel en su *Propedéutica Filosófica*, soñando con el amor, divagando con unas ganas de volar como los pájaros o las nubes.

Además, si se acepta que la historia de la humanidad es la historia de la *lucha de clases*, cada una de ellas, para vencer en la contienda, desarrolla su inteligencia, es decir sus medios de combate, con lo cual la historia deja de ser una creación inconsciente, aun cuando la nueva conciencia no determina que los resultados de la confrontación coincidan con los proyectos habida cuenta que pareciera que existe un no tomado en cuenta *Diablo Cojuelo*, travieso, sumamente jüguetón, que tiene la mala costumbre de tergiversar los lenguajes para impedir la realización de los proyectos y hazañas humanas.

“Las masas, en cuanto adquieren conciencia de clase, pueden tomar sobre sí la dirección de la historia y colocarse como única y real alternativa”, dice Marx. Se trata, entonces de lo siguiente: la historia, creada de manera inconsciente, debe ser conocida por sus autores, como lo quería Vico. Una vez conocida mediante la conciencia crítica, deja de ser inconsciente para transformarse en proyecto de la humanidad.

El paso de inconsciente a consciente constituye una hazaña, seguramente propiciada por la astucia de razón debido a lo cual, en los linderos de la magia, se produce la metamorfosis de lo irracional en racional, incluyendo la conciencia crítica, la cual, objetivamente, es decir con neutralidad, determina aquello que se debe hacer para pasar a otro sistema de leyes histórico-naturales.

A esta manera de concebir el mundo natural y social se le ha dado el nombre de determinismo, entendiendo por determinismo la creencia de que tanto la naturaleza como la sociedad funcionan de acuerdo a leyes inmutables. En otras palabras, se trata, 1) de la acción condicionadora o necesaria de una causa, y 2) de la universalidad de la causalidad, es decir el imperio de una suerte de destino. En el ámbito de este *fatum* no se encuentran ni la libertad, ni la equidad ni la conciencia crítica. Marx no se refiere a esos valores desde la perspectiva de la

filosofía sino de la ciencia de la historia, cuando establece las categorías de estructura y superestructura. En esa formulación teórica, la estructura está constituida por el modo de producción. De esta base, condicionada por ella, emerge la superestructura, es decir el derecho, el arte, la libertad, la política. Por ello, Marx asegura que *el ser social*, es decir la estructura, *determina la conciencia social*, o sea la superestructura. No obstante, en esas condiciones, la conciencia crítica, que no existe de manera espontánea, y que una vez constituida forma parte de *la conciencia social*, en su condición de mediación entre las leyes de la historia y la libertad, queda seriamente reglamentada.

El determinismo en realidad es una predeterminación o sea la creencia de que la acción humana encuentra su motivo determinante en el tiempo que le antecede. O como decía Kant: “cuando algo ocurre, presuponemos que algo ha precedido a esa ocurrencia”. De ahí se estatuyó que los fenómenos de la naturaleza están unívocamente determinados, por lo cual es posible predecir el futuro. Estos conceptos fueron incorporados en las llamadas ciencias sociales, acaso con el vano afán de no estar por debajo de Newton, inventor de la *ley de la gravitación universal*.

La teoría de la relatividad de Einstein demolió los principios filosófico-científicos del determinismo demostrando que entre el pasado y el futuro se intercala un intervalo temporal finito cuya amplitud depende de la distancia espacial entre el acontecimiento y el observador. Es decir que los efectos no traspasan un limitado dominio espacio-temporal. Por ello, Heisenberg dice que “el conocimiento incompleto de un sistema es parte esencial de toda formulación de la teoría cuántica”.